

LITERATURA Y COLONIALISMO

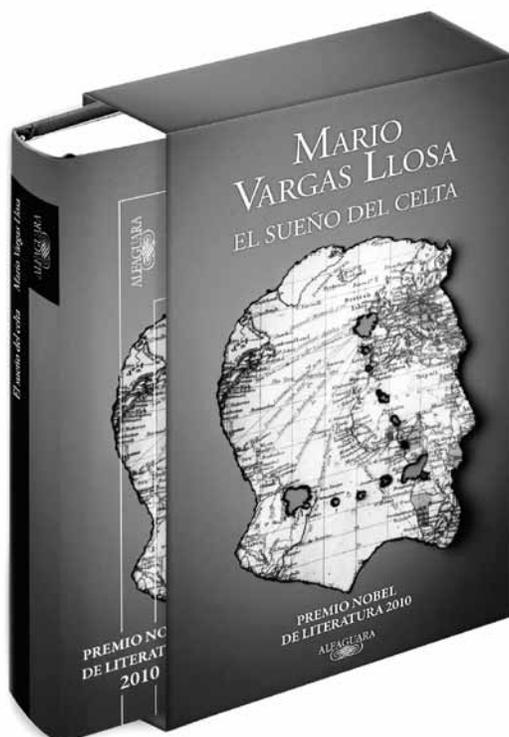
EL SUEÑO DEL CELTA

Daniar Chávez Jiménez

He vivido durante la mayor parte del siglo xx sin haber experimentado –debo decirlo– sufrimientos personales. Lo recuerdo como el siglo más terrible de la historia occidental.
Isaiah Berlin

En 1864 doce naciones firmaron un tratado conocido como la Convención de Ginebra, lo que consolidaba los sueños de Jean Henri Dunant, que un año antes había fundado un comité internacional para ayudar a heridos y mutilados de guerra. Tanto el comité como la convención estaban encaminados a normalizar el Derecho Internacional Humanitario, que tenía como fin amortiguar los efectos devastadores producidos durante las operaciones militares. La intención era prestar ayuda sanitaria y refugio a heridos, prisioneros y población civil, además de otorgar inmunidad a médicos, enfermeros y voluntarios que se identificaran bajo la insignia de una cruz roja sobre un fondo blanco. Ese mismo año nació Roger Casement, protagonista de la última novela de Mario Vargas Llosa, *El sueño del celta*¹, que como muchos hombres de su siglo se sentían atraídos por las ideas humanitarias, democráticas y morales de la época.

Este legado universal se vería robustecido por la herencia cultural con la que crónicas, relaciones, tratados, novelas y folletines colmaban las imprentas europeas y norteamericanas. Las historias de Julio Verne, R. L. Stevenson, Emilio Salgari, Herman Melville o Jack London, pronto incorporaron a la literatura personajes cuyas peripecias ayudaron a estimular el espíritu aventurero occidental, con relatos que mostraban innumerables logros donde el progreso, la ciencia, el descubrimiento o la



tecnología parecían tornarse en los actores vitales de las proezas relatadas. Naturalmente, Casement, como muchos otros jóvenes de la Europa industrial, se había dejado seducir también por esas historias que mostraban a “los grandes navegantes, los vikingos, portugueses, ingleses, españoles que habían surcado los mares del planeta volatizando los mitos según los cuales, llegadas a cierto punto, las aguas marinas comenzaban a hervir, se abrían abismos y aparecían monstruos cuyas fauces podían tragarse un barco entero” (p. 19), y que a su vez habían fortalecido la idea de que “mediante el comercio, el cristianismo y las instituciones sociales y políticas de Occidente” (p. 35) se podía emancipar a los pueblos que parecían detenidos en la prehistoria.

La instauración del dominio de Occidente a nivel planetario allanó en el siglo XIX, principalmente en el continente Africano (ya entre el siglo XVI y el siglo XVIII tanto América, como el Lejano Oriente, habían sido colonizados por los europeos), el camino a grandes exploradores, como el escocés David Livingstone, el galés Henry Morton Stanley o el norteamericano Henry Shelton Sanford, lo que permitió ampliar y fortalecer la expansión comercial, abrir rutas de acceso y levantar una cartografía detallada del continente. Estas circunstancias no sólo cautivaron la atención de viajeros, marinos, comerciantes, antropólogos, científicos, colonos o mercenarios, sino también de escritores como el joven Arthur Rimbaud², cuya experiencia le llevaría a exclamar durante su estancia en Adén, en una carta fechada el 23 de agosto de 1887:

Tengo el cabello completamente gris [escribió a su familia cuando sólo contaba treinta y tres años] y la

¹ Mario Vargas Llosa, *El sueño del celta*, Alfaguara, Barcelona, 2010. Las citas entre paréntesis corresponden a las páginas de esta edición.

² El espíritu de aventura, el orientalismo y el sueño africano había empujado a no pocos escritores hacia los lejanos territorios de África y Asia. Además de Rimbaud, escritores como Théophile Gautier o Gérard de Nerval pasaron largas temporadas fuera de Europa.

sensación de que mi vida camina hacia su fin. Basta con que imaginéis cómo tiene que encontrarse una persona después de hazañas como las siguientes: travesías y viajes por tierra, a caballo, en bote de remos, sin muda, sin alimentos, sin agua, etc., etc. Estoy terriblemente cansado. No tengo trabajo y me aterra perder lo poco que me queda³.

La exaltación por el viaje, la aventura, el reconocimiento universal o la avidez del enriquecimiento súbito, muy pronto solían tornarse en un profundo ensueño que pasaba de la ansiedad personal a la pesadilla general; la colonización africana no fue una tarea sencilla, los inhóspitos territorios constituyeron serias dificultades para las exploraciones occidentales. En el corazón de la selva el hombre sucumbía fácilmente a los designios de la naturaleza: epidemias como el paludismo, la malaria, la enfermedad del sueño producida por la mosca tse-tse, una geografía colmada de impenetrables selvas, con densos follajes e innavegables ríos, encarnaban derroteros muchas veces inaccesibles. Pero más allá de los designios de la naturaleza, la usura, la codicia y el afán de lucro transformaron la pesadilla en un insondable infierno.

La Europa industrial gozaba de un extraordinario desarrollo económico que la llevó a un acelerado cambio de ritmo en sus actividades culturales, sociales, políticas y, principalmente, mercantiles, dinamismo que más tarde daría forma a lo que se denominó como la *Era del Imperio*, donde nacieron los grandes consorcios transnacionales capitalistas, quizás uno de los períodos más oscuros que la Revolución Industrial heredó al mundo moderno. La democracia, la literatura, la música, la tecnología, el comercio, la transformación de los pequeños poblados en grandes conglomerados urbanos abrieron muy pronto a Europa, principalmente a Inglaterra, las puertas del mundo entero. Los valores universales, que dicho sea de paso eran los valores adquiridos durante la Ilustración, estrechamente vinculados con el contrato social, en pocas décadas ensancharon su influencia, sostenidos en una cadena de instituciones políticas y legales de carácter liberal, que arribaban junto con los intereses comerciales europeos a los puertos más lejanos de América, Asia y el África Negra, en corpulentos buques procedentes de los puertos de Hamburgo, Amberes o Liverpool.

No obstante, y si bien al iniciar el siglo XIX Europa ya poseía el conocimiento de todas las rutas oceánicas y terrestres del orbe, donde ejercía el dominio, todavía no había añadido completamente esos territorios a su órbita de influencia económica. Además, los viajes de exploración inicialmente constituyeron una forma de competencia personal o nacional que buscaba subyugar el medio físico más tempestuoso. Esas primeras exploraciones que se habían ido abriendo

camino hacia los polos, simbolizando la grandeza de la modernidad, representaron instancias que dieron al mundo científico importantes logros en materias como la cartografía, la botánica, la geología y la navegación.

La búsqueda de conocimiento, el lucro y el deseo de éxito universal alimentaron, en efecto, el espíritu aventurero, pero también mostraron muy pronto sus estampas más salvajes. Aunque durante décadas siguieron siendo surcadas estas rutas oceánicas en aguas chilenas, argentinas, canadienses, danesas, noruegas, rusas o finlandesas, algunas veces con capital privado, por hombres como el sueco Otto Nordenskjöld, el noruego Carl Anton Larsen o los británicos Robert Falcon Scott y Fitz Roy, los enormes recursos para financiar las expediciones polares redirigían la mira de la industrialización occidental hacia otras regiones del mundo.

A la par de la política exterior de expansión, hacia el interior de las grandes metrópolis el desarrollo comenzó a ser parte fundamental de la vida moderna. El progreso económico espoleó el auge científico, estimuló la creación de universidades, dio un fuerte impulso al liberalismo político y fortaleció la industria textil, de alimentos y minas. Muy pronto la extensión de los tendidos férreos apuntaló la industria de la locomoción, las nuevas rutas marítimas hicieron evidente la necesidad de ampliar las flotas de buques mercantes y, por consiguiente, proliferaron en Europa las fábricas, los astilleros, los talleres, los almacenes, las dársenas y los depósitos, que necesitaban para funcionar motores de combustión interna, vapor, turbinas, dínamos y llantas, que a su vez requerían el cobre, el hierro, el acero o el caucho. El acercamiento a los restantes continentes fue una necesidad práctica para aquella economía que intentaba consolidar su dominio en el nuevo orden mundial.

Así como la expansión europea y el progreso tecnológico simbolizaban una gran luminaria que irradiaba su esplendor a las metrópolis, muy pronto se convirtió, también, en un serio problema para el resto de las regiones. El libre comercio o la política *laissez-faire* había creado grandes dependencias económicas en la América hispánica. En Asia, si bien la colonización había permitido ciertas libertades administrativas, no había dejado de dominar los mercados. Mientras que en África y el Pacífico prácticamente no quedó ningún estado independiente. La falta de integración de estos territorios permitió una carrera comercial que enfrentaba a las potencias (Inglaterra, Francia, Alemania, EUA, Holanda, Italia, Bélgica), lo que estimularía una lucrativa economía global que penetró hasta los rincones más inhóspitos, convirtiendo el orbe terrestre en un siniestro tablero de ajedrez, donde Inglaterra era la gran beneficiaria: la pérfida Albión.

Las colonias alimentaban las economías de las metrópolis con las materias primas que ahí se explotaban, mientras que

³ Enid Starkie, *Arthur Rimbaud*, Madrid, Ediciones Ciruela, 2000, p. 517.



El Amazonas. Foto: Daniar Chávez

Occidente decía que contribuía a mejorar la calidad de vida de las sociedades que colonizaba. Intercambio que, naturalmente, nunca representó una instancia justa y equitativa. Mientras que Europa exportaba armas, municiones, cuentecillas de vidrio, baratijas de cristal y espejos, de África, Asia y América salían buques cargados de oro, plata, caucho, marfil, pieles, minerales y especies. No obstante, desde el mundo civilizado se afirmaba que: “Llevar a África [y a las otras regiones] los productos europeos e importar materias primas que el suelo [...] producía, era, más que una operación mercantil, una empresa a favor del progreso de pueblos detenidos en la prehistoria, sumidos en el canibalismo y la trata de esclavos” (p. 26). Estos valores y principios morales pronto se convirtieron en la bandera que esgrimían desde todos los parlamentos y los grandes despachos monárquicos las potencias occidentales hacia sus vastos territorios de ultramar, sosteniendo que “el comercio llevaba allá la religión, la moral, la ley, los valores de la Europa moderna, culta, libre y democrática” (p. 26).

Mientras el sueño colonizador se iba extendiendo por el orbe, las primeras señales de alarma comenzaron a sonar en los círculos intelectuales y sociales de las metrópolis. La esclavitud, lejos de ser abolida, había ensanchado sus ramificaciones hasta instancias monstruosas, que poco a poco fueron despertando el malestar de la opinión pública, pues contradecían los valores que Europa decía defender y ponían de relieve la codicia de sus intereses económicos, ensombreciendo su presunta labor humanitaria. La ola de denuncias, principalmente procedentes de las misiones protestantes africanas y de organizaciones humanitarias independientes (como la *Aborigenes Protection Society* o la *Congo Reform Association*, ésta última fundada por Edmund Dene Morel y Roger Casement, en 1904),

tuvieron como portavoces a reporteros que desde sus trincheras editoriales manifestaron al mundo los horrores cometidos en África, Asia y América⁴.

Uno de los más distinguidos defensores de los derechos humanos fue el irlandés Roger Casement, cuya biografía novelada por la pluma de Mario Vargas Llosa, reivindica su insólita historia, al tiempo que muestra la lucha de un hombre contra el colonialismo. Dividida en tres capítulos, la obra emprende un minucioso análisis de la vida del protagonista desde su llegada a África en 1883, cuando apenas contaba con 19 años de edad, pasando por su estadía en la Amazonía peruana y concluyendo en la Semana Santa del año 1916, en su natal Irlanda. Si bien Casement no fue el primer europeo en denunciar las atrocidades occidentales en las colonias y en los territorios de influencia, su vida cobrará relevancia al ser el primer funcionario de la Corona británica, como cónsul en África y Sudamérica, en ratificar y documentar las denuncias entabladas contra las crueles transacciones comerciales que Europa establecía con el resto del mundo.

Es cierto que mucho antes de que Casement iniciara su activismo político y humanitario, ya existían antecedentes significativos sobre las terribles condiciones a las que estaba supeditada la explotación de materias primas. La novela *Francisco* (1880), de Anselmo Suárez y Romero, que inicialmente había formado parte de un informe que había sido enviado a las autoridades británicas, denunciaba ya los terribles abusos de la esclavitud cubana. Personalidades como J. H. Hobson⁵, el mismo Edmund Dene Morel, Henry R. Fox Bourne y Charles Dilke, trabajaban vehementemente desde sus despachos para incrementar la presión que obligara a los gobiernos occidentales a redirigir su política exterior hacia África, Asia y América.

Pero será en los dos informes exhaustivos realizados por Casement a petición de la *Foreign Office* británica, para documentar la precaria situación que se vivía en el Congo belga, de 1903; y el de la Amazonía peruana, de 1910 (que puso en la mira a la compañía chauchera, de capital británico, de Julio C. Arana), en los que se expongan minuciosamente las atrocidades cometidas contra los

⁴ Claro ejemplo de ello fue el diario que fundaría el mismo Morel, *West African Mail*, utilizado para denunciar los abusos perpetrados en el Congo belga por el rey Leopoldo II, con el que mantuvo una tirante disputa sobre las condiciones de vida a las que se sometía a los nativos congolese. Además, “Esos conflictos exóticos sirvieron de argumento para las novelas de aventuras o los reportajes que escribía el corresponsal de guerra (ese invento de mediados del siglo XIX)”. Cf. Eric Hobsbawm, *Historial del siglo XX*, quinta edición, Barcelona, Crítica, 2003, p. 31.

⁵ En 1902 había aparecido en el *Manchester Guardian* un artículo de J. H. Hobson, titulado “Imperialismo”: “que cambió decisivamente la imagen del imperio entre los intelectuales progresistas del mundo. Instó a Lenin a escribir *El imperialismo, estadio superior del capitalismo* e influyó sobre W. E. B. Du Bois y los progresistas antiimperialistas americanos, como Woodrow Wilson. Imperialismo y colonialismo se convirtieron en términos insultantes en el léxico progresista”. Cf. Arthur Herman, *La idea de decadencia en la historia occidental*, traducción de Carlos Gardini, Barcelona, Andrés Bello, 1997, p. 269.

pobladores autóctonos. Estos informes mostrarán a la opinión pública y a las autoridades inglesas que la mutilación de miembros, la violación, el secuestro, el robo y el asesinato eran la verdadera moneda de cambio que el hombre blanco utilizaba para obtener beneficiosas ganancias a expensas de los territorios de ultramar.

Como empleado del Estado Libre del Congo, al servicio del explorador Henry Morton Stanley, Casement conocerá a Joseph Conrad⁶ y, más tarde, al escritor y periodista británico, de ascendencia francesa, Morel. Gracias a la influencia de Morel, y al contacto con otras personalidades que más adelante habrían de influir en su conciencia humanitaria, Casement, protagonista de la novela, iniciará su propia cruzada para demandar justicia para los habitantes del Congo y la Amazonía.

Esos años de experiencia en África, y su posterior traslado a la selva Amazónica, le servirán al personaje para reflexionar sobre la situación política de Irlanda y su anexión al Imperio Británico. Su ideología nacionalista lo llevará a tomar partido, una vez iniciada la Primera Guerra Mundial, por la Alemania del Káiser, convencido de que la victoria teutónica daría a Irlanda, por primera vez, una posibilidad real de lograr la emancipación. Después de haber gozado de todos los honores de la Corona y haber sido un distinguido miembro del cuerpo diplomático británico, Casement enfrentará la degradación pública, bajo los cargos de alta traición.

Mientras espera la conmutación de la pena capital, soportará la campaña de desprestigio que los sistemas de inteligencia arman a su alrededor; la aparición de unos *Diarios negros*⁷, donde supuestamente confesaba abiertamente su homosexualidad y sus perversas prácticas carnales, terminarán por sellar su destino. En el otoño de 1916 será ejecutado en la horca, una vez perdido el apoyo de todos aquellos que durante su lucha humanitaria le ofrecieron ayuda incondicional.

⁶ Esta experiencia le servirá a Conrad como inspiración para escribir *El corazón de las tinieblas*, una de las novelas más representativas de la era del colonialismo, donde el autor mostrará un perfil ampliamente adverso a los viajes de aventuras que hasta entonces habían dominado el panorama europeo, y que adentrará al lector en un nebuloso mundo donde la terrible condición humana sale a relucir en un violento enfrentamiento donde la barbarie y la civilización se codean extrañamente.

⁷ La aparición de los *Diarios negros* ha levantado suspicacias en los historiadores, el mismo Vargas Llosa menciona que: “La sinuosa campaña lanzada por la inteligencia británica para desprestigiarlo, utilizando fragmentos de sus diarios secretos, tuvo éxito. Ni siquiera ahora se disipa del todo: una aureola sombría de homosexualismo y pedofilia acompañó su imagen a lo largo de todo el siglo xx” (p. 448).

⁸ Herman, *op. cit.*, p. 94.

⁹ El incremento poblacional en Europa constituyó uno de los factores decisivos de la industrialización: “En 1815, las personas que vivían dentro de los límites geográficos de Europa constituían, quizás, una quinta parte de la población mundial; hacia 1914, constituían un cuarto. Para comprender la naturaleza singular de este triunfo es preciso señalar que todos los demás continentes rivales poseían una tasa de natalidad general más alta que la europea del siglo xix. Los europeos modificaron el equilibrio demográfico del globo, no elevando su tasa de natalidad, sino más bien disminuyendo su coeficiente de mortalidad”. Cf. Geoffrey Bruun, *La Europa del siglo xix (1815-1914)*, Breviarios 172, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 10-11.

¹⁰ Herman, *op. cit.*, p. 50.

Si bien es cierto que *El sueño del celta* muestra la lucha de un hombre contra la atrocidad y la usura, no debe pasarse por alto la relectura que Vargas Llosa realiza sobre nuestra historia reciente a partir del colonialismo. Durante la segunda mitad del siglo xix, la Europa industrial protagonizó una serie de transformaciones que abrían de redefinir su destino y que, a la larga, cambiarían la fisonomía del orbe entero, sustentadas en el mito del progreso. La civilización y los avances técnicos e industriales, presuntamente, daban al hombre moderno “su gusto por las bellas artes y la música, su comprensión científica y racional del mundo, y su repudio instintivo por la violencia, la crueldad y la superstición y el despotismo político”⁸. La sociedad civil y el avance tecnológico y científico ampliaron las expectativas sobre la calidad de vida en Europa⁹, al tiempo que daba la impresión de que, por primera vez, la humanidad controlaba tanto su destino como su entorno.

Pero el progreso también trajo consigo secuelas que habrían de repercutir en la filosofía y en las artes del siglo xix. Para la estética romántica, “Las fábricas, máquinas de vapor y chimeneas se convirtieron en auténticas imágenes del infierno. Blake hablaba de los ‘oscuros y satánicos telares’, Thomas Gray de los ‘demonios que trabajan’ en la fundición y Robert Southey de los ‘ruidos infernales y ocupaciones infernales’ de la fábrica, los cuales ‘el diablo ha preparado... para su propio jardín e invernáculo’”¹⁰. Las metrópolis, como símbolo del progreso industrial, pronto se convirtieron en focos de infección, anticipando una era de profunda disgregación social, que llevaría a la literatura y la filosofía a mostrar una visión negativa de dicha realidad. Las supuestas ventajas del mundo moderno, igualdad, riqueza, conocimiento científico, hicieron ver la debilidad del hombre ante los avances tecnológicos e industriales impulsados por la clase dominante.

El sueño del celta profundiza en esa problemática, que ha caracterizado a la cultura desde finales del siglo xix; un diálogo, a menudo conflictivo, que plantea una visión periférica sobre el papel que la desesperanza juega en las sociedades actuales. Esta tradición pesimista ha cimbrado las expectativas del hombre sobre su propio destino, al tiempo que ha generado una profunda reflexión que, naturalmente, ahora debe estar orientada hacia la alteridad y la integración cultural. ■

Daniar Chávez Jiménez (Ciudad de México, 1975). Mexicano, licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas por la UNAM; maestría en Letras por el Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos; Diploma de Estudios Avanzados por el Departamento de Literatura Española e Hispanoamericana de la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca y doctorado en Letras Latinoamericanas por la UNAM. Ha publicado artículos en revistas de investigación y divulgación cultural de distintas universidades mexicanas e impartido clases de literatura en instituciones nacionales. Actualmente realiza una estancia posdoctoral en la Facultad de Humanidades de la UAEM, en el Departamento de Filología de Malinalco Dr. Luis Mario Schneider, con fondos otorgados por el CONACYT.